

ENRIQUE LYNCH

Nubarrones

BREVIARIO INTERMITENTE



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Pintura 09-4, de Víctor Mateo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Enrique Lynch
© Editorial Comba, 2014
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-942522-2-8
Depósito Legal: B-19.952-2014

Sumario

Nota preliminar	11
Nubarrones	15
Índice temático y onomástico	457
Obras citadas	467

A la L. B. que yo imaginaba; y que nunca existió.

*And,
In the end, the love
you take
Is equal to the love
you make.*

*Yo no sé lo que es la conciencia de un tonto, pero la de un
hombre inteligente está llena de tonterías.*

Paul Valéry

*Mira, Glauco: ya hierve el mar con oleaje profundo,
en la sierra un nubarrón se alza trayendo tormenta;
y, de pronto, nos sobrecoge el espanto.*

Arquíloco de Paros

Nota preliminar

Según el diccionario de Real Academia Española un nubarrón es una “nube grande, oscura y densa, separada de las otras”. Desde un punto de vista estrictamente meteorológico, la definición académica es correcta: en efecto, el nubarrón se destaca del conjunto de las nubes y se lo reconoce como signo de una tormenta inminente; o sea que, cuando aparece, siempre se presenta como a una amenaza. Es una nube de mal agüero, un presagio celeste, un meteoro que justifica expectativas funestas.

Quizá por eso en la Argentina de mi juventud se le daba un sentido figurado que retiene algunos de los matices que están presentes en el fenómeno meteorológico. Allá se decía de un individuo mal pensado que era *nubarrón*, es decir, un tipo que estropea con su razón sin esperanza los buenos auspicios de un proyecto; por eso, al pesimista y al que es reactivo a las ilusiones era común que se le dijera: “Bah, vos siempre con lo mismo. Sos un nubarrón...”

Los textos reunidos en este volumen recogen el espíritu de cualquiera de estos sentidos apuntados, aunque no siempre sean malpensados o pesimistas. Suelen ser ensoñaciones u ocurrencias ocasionales separadas de otras, cavilaciones interrumpidas, trazos de escritura rápida, observaciones muy escoradas y, en ocasiones, sí, pueden resultar un punto amargas. A veces anticipan posibles desarrollos de análisis

o de observación y otras veces rematan una idea de forma muy apresurada, con la evidente intención de no dejar lugar a objeción o a pensamiento alternativo. Una vez trazados los hilos de un argumento, casi siempre el desenlace de la pieza lo pone el autor, lo que resulta equívoco, puesto que ni en este volumen —ni, por cierto, en ninguna parte— hay idea que pueda considerarse terminal, así como no hay escritura que no contenga un programa retórico asociado a ella. Así pues, más que argumentos completos, el lector encontrará en este breviario muchos atolladeros y *culs-de-sac* y, en el mejor de los casos, el planteamiento de unas cuantas paradojas que estimulan a pensar libremente, porque lo dejan todo tal como lo encontraron. Creo que fue Rafael Sánchez Ferlosio quien sugirió que la prosa fragmentaria está compuesta de artículos fallidos, retazos de proyectos cuyo origen ha de hallarse en algún razonamiento abortado o de ideas que nacen muertas en la mente del escritor. Él llamó a los suyos “pecios”, por comparación con los restos de un naufragio. La idea ferlosiana de un naufragio en la reflexión o de un pensamiento que naufraga resulta especialmente precisa en este caso, aunque los *Nubarrones* son también iluminaciones o exabruptos que dejan huellas escritas en forma de anotaciones razonables. La fórmula de Ferlosio es además acertada porque es una manera modesta de referirse a las ocurrencias propias, gesto inusual en un intelectual español.

Los *Nubarrones* suelen ser textos a veces muy breves y forman parte de mis anotaciones de los últimos cinco años que, por cierto, no han sido los más felices de mi vida. Agradezco a Lara Oliveau y Juan Bautista Durán, editores de Comba, su trabajo y su criterio al seleccionar esta compilación en un material que casi cuadruplicaba el que sale a la imprenta. Por su laconismo y su carácter episódico, podría pensarse que los *Nubarrones* emulan la moderna prosa fragmentaria

cultivada por los románticos de Jena y que fuera legitimada en la filosofía contemporánea por Nietzsche. Sin embargo, esta calificación, al menos en esta ocasión, no es del todo correcta. Hace muchos años, cuando yo mal vivía como becario en París, a comienzos de los ochenta, leí en un libro de Elías Canetti un consejo para escritores noveles. Canetti aconsejaba escribir dietarios y, desde entonces, he seguido su consejo con la misma regularidad con que me lavo los dientes cada mañana. El trabajo, el intelectual como cualquier otro, no es creación ni inspiración, sino disciplina.

Por otra parte, hay que añadir que la noción de “fragmento” para la prosa de estos textos es equívoca puesto que conlleva la aceptación de que para cada uno de ellos, cada fragmento, hay una totalidad de referencia, lo que no es el caso. Cada uno es independiente de los demás, por eso su orden es mínimo, alfabético. Son como brotes, cadencias y eslabones sueltos; y sin embargo, el lector no encontrará aquí aforismos. Los aforismos son un subgénero adolescente y facilón que me parece especialmente abominable, por lo que he tratado de reprimir la tentación de incurrir en ellos. La filosofía no se hace con eslóganes y, por lo que toca a la literatura, lo principal es la astucia, el artificio y la construcción; el ingenio es lo de menos. En cambio, he aprovechado para que estos textos también me sirvan como ejercicios de estilo, como una escritura en el cuerpo propio (si no fuera que esta fórmula, como justamente reconocerá el lector, es sumamente pedante).

ABANDONO

De todas las creaciones conceptuales de Heidegger, la más afín a nuestra humana condición es la *Geworfenheit*, que nombra la condición de estar o sentirse arrojado en el mundo, es decir, la de sentirse abandonado, como clama el infeliz Áyax en la tragedia de Sófocles.

No hay nada más doloroso que ser abandonado, nada más irreparable.

(Pero... ¿por qué te vas, por qué me dejas?)

ABANICO

El parque central de Berlín se llama Tiergarten, o sea, el jardín de los animales, el zoológico. Me puse a buscar referencias sobre el Tiergarten y recordé que Walter Benjamin escribió unas memorias de su infancia en Berlín. Hurgué entre mis libros y las encontré: un volumen muy delgado, que estaba colocado en el anaquel casi pegado a otro, también de Benjamin (*Dirección única*. Madrid, 1988); y al usar el dedo índice para sacarlo de la biblioteca lo puse donde no debía y en su lugar me salió el otro, que se abrió al azar en la página 57, donde encontré este fragmento.

ABANICO. Todo el mundo habrá tenido la experiencia siguiente: cuando se ama a una persona, incluso cuando sólo se piensa intensamente en ella, casi no hay libro en el que no se descubra su retrato. Y hasta se presenta como protagonista o antagonista. En los relatos, novelas y cuentos reaparece en metamorfosis siempre nuevas. Y de esto se deduce: la capacidad de la fantasía es el don de interpolar dentro de lo infinitamente pequeño, de inventar una plenitud nueva, compacta, a cada intensidad que se traduzca en extensión; en pocas palabras, de considerar cada imagen como si fuera la de un abanico cerrado que sólo toma aliento al desple-

garse y, en su nueva dimensión, exhibe los rasgos de la persona amada que ocultaba en su interior.

No sólo se encuentra a la persona amada en los libros, sino en todas partes; pero eso sucede sólo cuando nos falta. La verdad es que no la encontramos sino que vamos a buscarla. Nada nuevo por ahí. En cambio, la idea de una imagen como un abanico que encierra otras imágenes inesperadas es luminosa.

Miré entonces las paredes que me rodean en casa, forradas de libros; y pensé que ya hora de vaciarlas. Demasiadas imágenes inesperadas, demasiados abanicos.

ABRAZOS

Apolo y Dafne, Zeus y Ganimedes, las amantes dormidas de Courbet o los cuerpos deformados por el abrazo voluptuoso que pinta Francis Bacon. Hay infinidad de representaciones de un abrazo: besos, combates, coitos, parejas de baile, cuerpos que se sostienen, se tocan, se acarician. Todas ellas reproducen la composición de dos cuerpos como un solo organismo —una *situación*, explica Hegel— o alegorizan el acontecimiento inolvidable que protagonizan; y algo más: atestiguan cuánto valor damos al abrazar en sí. Lo más cruel del aislamiento o de toda especie de soledad no es la falta de la palabra del otro —a veces, a solas, el eco de nuestra voz puede resonar dentro de nosotros y, tal como cuentan los locos sin que nadie los entienda, proponernos un diálogo y una compañía—, sino la imposibilidad de abrazar o de ser abrazado, de sentir la morbidez del cuerpo del otro, o su fortaleza, o la tensión de sus músculos y el calor que despiden, comprobar cómo otra anatomía se acopla perfectamente a la nuestra como hacen las piezas del rompecabezas. Es algo que no se puede simular, en medio de la general simulación, porque el mundo es una sola esfera inconcebible y sin diferencias.